

sublimación del ser por medio del fuego  
y la sublimación del hombre por medio  
del amor.

\*  
\*\*

En el Océano de las sombras que  
Dios domina, el archipiélago tenebroso  
de los presidios se ilumina ya; Dios es  
el gran amante, y los globos, abriendo  
sus siniestros párpados, hacia las in-  
mensidades de la aurora eterna lenta-  
mente dirige sus miradas.

\*  
\*\*

Cantarán a la vez todas las armonías,  
brillarán a la vez en todas las esferas  
todas las claridades, los firmamentos se  
inundarán de alegría, todas las grandes  
liras vibrarán de júbilo.

\*  
\*\*

Quando el monstruo materia, abrien-  
do todas las garras, trocando las mise-  
rias en resplandores, cambiando el  
ajenjo en miel, llenando la belleza la  
noche disminuída, así como el sol des-  
vanece la nube y llena el arco del cielo.

\*  
\*\*

Dios, atrayendo a las tinieblas con  
sus miradas fijas; viéndolo, desde el fon-  
do de las fúnebres cloacas en las que  
imperó el mal, ascender hasta él las  
perversidades murmurando plegarias,  
hará entrar entre los universos de ar-  
cángeles al universo paria.

\*  
\*\*

El fango y el cieno quedarán resplan-  
decientes, y brillarán las mayores feal-  
dades sobre las más altas cimas; corre-  
rá luminosa la araña por azules pilares,  
y volará la paja del calabozo llevando  
espigas de astros.

\*  
\*\*

La claridad ascenderá por todas par-  
tes como una savia. Brillará en la fren-  
te del buey que rumía, el osario can-  
tará en el horror que lo envuelve, y so-  
bre todos los techos aparecerá en la  
sombra un Job resplandeciente.

\*  
\*\*

Desaparecerá el antiguo anatema:  
el profundo valle dirá al elevado mon-  
te: ¡Yo te amo! Regresarán los desterrados;  
habrá deslumbramiento de luz  
en los cielos y aumento de fulgor en la  
sombra de los abismos, en los que se  
oírá gritar: ¡Benditos sois!

\*  
\*\*

Saldrá el rebaño de las formidables  
hídras, ascendiendo desde el fondo de  
las insondables brumas y transfigurán-  
dose; brillarán estrellas en los agujeros  
negros de sus cráneos, y por grados,  
los monstruos se irán haciendo diáfanos  
y azulearán.

\*  
\*\*

Llegarán temblando, fascinados por  
el éxtasis, desbordando los sollozos de  
su corazón como de un vaso demasiado  
lleno, pero sin temores; les tenderán  
los brazos en las altas regiones, y Je-  
sús, inclinándose hacia Belial, que llo-  
rará, le dirá:—«¿Eres tú?»

\*  
\*\*

Hacia Dios, de la mano, él conducirá  
a su hermano, y cuando se hallen en el  
último peldaño de la escala que conduce  
a las regiones de la luz, ambos serán  
tan hermosos, que Dios, deslumbrado  
por su regocijo, no podrá distinguir a  
Belial de Jesús.

\*  
\*\*

Todo estará entonces terminado. Ex-  
pirará el mal; se secará el manantial de  
las lágrimas; desaparecerán las cade-  
nas y los sufrimientos; el espantoso e  
inclemente abismo cesará de ser sordo  
y murmurará; se extinguirán los dolo-  
res en toda la sombra, y un ángel dirá  
en alta voz:—*Principio.*

Jersey, de 1855.

## XXII

A LA QUE SE QUEDÓ EN FRANCIA

II

I

incorpórate en tu tumba, levanta  
los ojos, aparta de la frente angélica  
los pliegues del sudario, abre las ma-  
nos y toma este libro; es para ti.

\*  
\*\*

En este libro viven mi alma, mi es-  
peranza, mis duelos, mis sufrimientos  
y mis fantasías; encierra el espectro de  
mi vida; este libro, que contiene mis  
alegrías, que tan pronto fueron segui-  
das de los dolores, ¿de dónde sale? ¿De  
dónde sale el relámpago que rasga la  
bruma? De los cuatro años que vivo  
entre un torbellino de espuma ha bro-  
tado este libro. Dios lo dictó y yo lo  
escribí, porque soy la paja que arrastra  
el viento.—«Anda», me dijo el espíritu,  
y camino. Cuando acabé estas páginas,  
cuando el libro empezó a palpitar y a  
vivir, una iglesia rural, en cuyas pare-  
des crece la hiedra y en cuyo campana-  
rio las campanas me anuncian la huída  
del tiempo, me dijo:—«Ya que has ter-  
minado tus cánticos, dámelos.»—«Los  
reclamo yo»—dijo a su vez el inquieto  
bosque.—«Entrégame los a mí»—repu-  
so el verde prado.—«Yo los merezco»  
—añadió el mar.—«Es mío ese himno»  
—dijo la estrella.—«Dedícanoslo a nos-  
otros»—exclamaron los vientos.—«A  
vosotros»—replicaron los pájaros. Pero  
este libro no lo obtendrán los vientos  
cariñosos, ni el mar feroz, ni el verde  
bosque, ni el religioso templo, ni los  
astros, ni los pájaros, porque yo lo de-  
dico a la tumba.

En tiempos pasados, cuando apare-  
cía el mes de septiembre con sus lluvias,  
saliendo de la ciudad, donde de todos  
era yo conocido, abandonaba a París y  
salía huyendo de él como una sombra;  
solo, sin mirar a nadie, sin pensar, sin

hablar con ninguno, para ir adonde el deber me llevaba; y mientras que la madre y la hermana se quedaban llorando en casa, yo iba a visitar el lugar triste y querido, con la avidez sombría de la desesperación. Buscaba el cementerio en las inmediaciones de la iglesia, y me acercaba a él lentamente, con la cabeza descubierta y con los ojos fijos en el cielo. Los árboles susurraban:— «¡Ya viene su padre!» Las malezas abríanse ante mis pasos, me internaba por entre un camino de lápidas y de cruces, y pronunciando palabras cariñosas me arrodillaba ante una losa blanca, rodeada de verdor. ¡Tan profundamente dormías que no oías mis palabras!

\*  
\*\*

Los pescadores pasaban junto a mí arrastrando sus redes, exclamando:— «¿Quién será ese hombre que reza?» Y allí pasaba el día y me sorprendía la noche, dejando caer sobre aquella tumba todo mi corazón gota a gota en silencioso llanto; deshojaba sobre aquellos restos queridos la salvia y la clemátide; la recordaba en sus primeros años, cuando me traía a mi gabinete azucenas y jazmines, cuando me tomaba la pluma, risueña y alegre, cuando se reía al ver manchados de tinta sus sonrosados dedos; y yo respiraba el aroma de aquellas flores sobre aquellas cenizas, fijaba la mirada en aquellos fríos céspedes, y había instante en los que veía al través de la lápida algo parecido al resplandor de un alma.

\*  
\*\*

Ahora, río, bosque, valle, que tan a menudo he visitado, ¿sabe ella que no

es culpa mía no haber ido en cuatro años a rezar ante su tumba?

## III

El triste camino que ayer recorría, los árboles y las hierbas del cementerio, aquella tumba que contemplaba pálido, adosado contra un árbol, aquella tumba ante la que me postraba a la luz del crepúsculo, la noche que descendía sobre el cementerio, los sollozos que me arrancaba y las lágrimas que vertía yo sobre aquella losa, ¡Dios mío, todo eso constituía mi felicidad!

\*  
\*\*

¿Qué has hecho durante todo este tiempo? ¿Presencias la vida mortal desde el sitio que te encierra? ¿En que reloj de sombra cuentas las horas? ¿Te has incorporado algunas veces para esperarme, medio despierta, asomada a la obscura ventana de lo infinito, pretendiendo reconocer a través de las tinieblas a alguno que pasara, al través del ataúd mal cerrado, para ver si oías caminar a alguno hacia ti? Y luego te volvías a tender en el lecho mortuario, exclamando angustiada:— «¡Qué habrá sucedido que mi padre no viene!»

\*  
\*\*

¡Cuántas veces he cortado, mojadas aún de rocío, azucenas en el jardín y azucenas en mi pensamiento! ¡Cuántas veces he cortado ojia cantos en flor, cuántas veces he buscado por estos alrededores del campanario de Harfleur,

exclamando:— «Mañana iré allí», y ¡necio de mí!, he calculado el tiempo que invertiría en llegar, y después, des- y al espacio. ¡Protéjalas el salvaje pertando de mi sueño y dejando caer el Océano, que me hablen en voz baja, y ramo de flores de las manos, compren- déjelas pasar; protéjalas el viento y no día la realidad, comprendía la imposi- las disperse hasta que lleguen a su tumba, como el presente misterioso que el bilidad de ir a visitar tu tumba! ausente envía a la muerte!

\*  
\*\*

Lázaro abrió los ojos cuando le llamó Jesús; ¿por qué cuando llamo a mi hija ella no los abre? ¿Sería extraño que de la sombra mortal violara el amor dos veces el profundo secreto, y lo que hiciera un Dios lo pudiera hacer un padre?

## IV

Al menos que este libro, obscuro mensajero, llegue y murmure en aquel silencio y desembarque en aquella playa; que caiga allí como un sollozo, como un suspiro, como una lágrima de amor; que entre en aquel sepulcro, en el que entraron un día la aurora, la rosa y la juventud, y la alegría, y mi corazón, que ya no ha vuelto a salir de allí. ¡Que este libro sea el arranque de esa esperanza que nunca miente, el canto de duelo, la voz del último adiós del que llora; que ella diga: Alguno hay aquí, que oiga ruido; que sea como los pasos que da mi alma en su cerrada noche!

\*  
\*\*

Este libro es bandada innumerable de pájaros blancos que vuelan durante la aurora y de pájaros negros que vuelan en la noche; bandadas que yo suel-

Felices días pasados que me engañasteis enseñándome vuestra efímera felicidad, ¡qué cruelmente os he expiado! Me hicisteis adquirir el derecho de ser hoy, cuando la noche descende, uno de los que deben escuchar las tumbas; uno de los que al hablar con los muertos hacen mover los pliegues de sus sudarios; uno de los que con palabras tiernas o ásperas hacen estremecer a las piedras, a los granos en sus surcos, a las sombras en los ataúdes; uno de los que se convierten en voz de la naturaleza semejante al rumor de los bosques. Porque hace muchos años que camino por entre sepulcros, desmelenado, por entre hileras de tejos y de cipreses; porque hace muchos años que interrogo al plomo, a los clavos, a los gusanos, que por mí salen de las cuencas de los ojos de las calaveras, al esqueleto que ríe, al esqueleto que muere, a los cráneos, a los dedos huesosos y al polvo.

\*  
\*\*

Todo lo he escarbado, porque he querido llegar hasta el fondo, porque como en nosotros el mal se confunde con el bien, lo quise saber todo; y me dije:— «¿Qué es lo que se debe creer?», me

interné en la luz, en la gloria; estudié al niño alegre, a la virgen casta, el amor, la vida y el alma.

\*  
\*\*

¿Qué es lo que aprendí? Me apoderé de todo sin entender nada; encontré mucha obscuridad y mucha ceniza. ¿Qué somos, pues? ¿Qué quiere decir la palabra *siempre*? Lo enterré todo, fantasías, ilusiones, esperanzas y amores, en la fosa que cavé en mi pecho. ¿Qué es la ciencia? ¿Dónde está la doctrina? ¡Oh! Quisiera ser hoy aún el soñador de otros tiempos, que vagaba por los prados y por los bosques, que paseaba sonriendo por la tarde, cuando el cielo vierte suave luz, llevando de la mano a su hija pequeña, y que alegre, dejando hablar a la niña, sentía llenarse poco a poco el corazón de aquella inocencia angelical.

\*  
\*\*

Entre Dios que centellea y el ángel que le inciensa, viví, luché sin inquietudes y sin remordimiento: después, de pronto, mi puerta se abrió ante la muerte, que entró terrible y brusca-mente a sorprenderme. Espectro de la muerte, pasaste por mi lado, dejando en mi vida el vacío, al apoderarte de mi ángel. Desde entonces cifré en una tumba todas mis esperanzas.

VI

No puedo hoy, como en otros tiempos, tomar en la llanura del sendero por el que llegaba hasta el Sena; no puedo

ir donde iba; únicamente puedo, como la lavandera que se sienta a las orillas de un pozo, apoyarme de codos en los bordes del eterno abismo; me ha eclipsado a París el enorme Solima; la única Nuestra Señora que en la actualidad veo ante mí es la inmensa sombra formada por estas dos torres, del silencio y de la noche, y dejando que las claridades rasguen sus velos fatales, veo sobre mí un panteón de estrellas; si invoco a Rouen, a Villequier, a Caudebec, la sombra me responde: — «¡Horeb, Cedrón, Balbeck!» Cuando camino, me detiene en cuanto ando una legua y me dice: — «¡Vuélvete hacia la inmensidad azul!» Y añade: — «Los caminos por donde tú marchas están cerrados. ¿En qué piensas? ¿Qué haces solitario? ¿Dónde caminas inconscientemente? Inclínate, soñador, hacia el ser y hacia el elemento, escucha el rumor del agua en las olas, contempla los mundos; si tienes necesidad de ceniza, busca al menos el inmenso polvo, y mira, apartándote de tu propio martirio, la gran nada, si es que la nada te atrae. Deja de pensar en ese rincón de la tierra. Abre los brazos, proscrito, al azur, tiéndelos hacia los astros patrias, y verás en ellos florecer tus marchitas auras; conviértete en el gran ojo que mira obstinadamente el gran todo. Estudia el enigma en el que el ser se desvanece sobre todo lo que nace, vive, camina y se extingue; estudia el enigma de toda la humanidad.

\*  
\*\*

Pero mi corazón derrama lágrimas de sangre, y siempre por el mismo lado. En vano el cielo, la noche y la eternidad quieren distraer mi alma, en vano

quieren calmar a un átomo. Todos sus deslumbramientos no me ahorran ni una lágrima. Puede la extensión hablar-me, enseñándome la tumba universal, las tardes apacibles, los bosques serenos, la luna amiga; yo la escucho, pero no puedo apartar mi pensamiento del ángel que perdí.

VII

Si yo pudiera sembrar de flores su fría tumba, al menos gozaría de esta felicidad; las flores equivalen al oro, a la esmeralda, al ópalo y a los zafiros; les gusta a los muertos acostarse entre flores; las flores aman a la muerte, y Dios hace que sus raíces lleguen hasta los huesos y sus perfumes hasta las almas. Puesto que Dios no me deja llegar a aquel lugar querido; ya que el destino cruel, en mi profunda cárcel, detrás de la primera puerta me cierra la segunda; puesto que es imposible que deposite hoy ni una sola flor sobre su tumba solitaria, encierro mi alma en este libro y se lo envío; esto es lo menos que puedo hacer por ella.

\*  
\*\*

Recíbelo, ángel mío, diciéndote a ti mismo: — «¡Esto me lo remite el ser viviente que tanto me idolatraba!» Tómale, y reconoce mi voz, aunque te hablo de lejos. Tus cenizas es el hecho que queda de mi llama; tu tumba es mi esperanza, mi luz, mi fe; tu sudario flota siempre ante mi vista. ¡Toma el libro y haz que salga de él un salmo divino! ¡Haz que entre tus vagas manos se convierta en fantasma! ¡Que vierta más claridad a medida que tus ojos de ángel lo lean, y que luego se desvanezca, que flotando desaparezca, como un hogar obscuro que un soplo errante acaricia, como un fuego fatuo que se ve brillar de noche, como el torbellino de humo de un incensario!... y que bajo tus miradas deslumbradoras, cada página se convierta en una estrella que brille en la noche.

VIII

¡Silencio en la sombra! ¡Dormid, seres, grupos confusos que os transformáis lentamente! ¡Dormid, campos! ¡dormid, flores! ¡dormid, tumbas! ¡Techos, muros, umbrales de las casas, piedras de los sepulcros, hojas de los árboles del bosque, plumas de los pajarillos en los nidos, dormid y dormid con un sueño infinito! ¡Que reine el silencio en el horror religioso, en el Océano que lucha y roe sus muros, y en la tranquilidad insondable de los muertos! ¡Paz a la obscuridad muda y temible, a la espantosa duda, a la inmensa sombra atea, y a ti, naturaleza, círculo, centro y alma, hormigueamiento de todo, soledad de Dios! ¡Generaciones de brumosos hálitos que marcháis silenciosamente por las llanuras, reposad! ¡Dormid los que vertéis sangre por vuestras heridas y los que lloráis! ¡Dolores, cerrad vuestros sagrados ojos! Todo es religión, nada es impostura. ¡Que sobre todas las existencias y sobre todas las criaturas que viven del aura vital humana o del soplo animal, ya en el seno del bien, ya en los bordes del mal, tiernos o feroces, inmundos o espléndidos, pequeños o grandes descienda la paz del cielo! Aletargaos, olas, mares, vientos y almas, mientras que sentado en la montaña en presencia del Ser, abismo

en que se ven aparecer las creaciones, el astro y el hombre, los ejes de los carros del sol que llamamos cielos, los globos, frutos rojos de divinas ramas, los cometas de plata, lágrimas blancas del sudario de la noche, los caos, los inviernos, el contemplador, triste y destruido, pero sereno, medita y mide el inmenso problema, trata de distinguir el

alba al través de los prodigios, se asoma estremeciéndose al pozo que produce los grandes vértigos, sigue con la vista las blancuras que como alciones pasan, y mira pensativo iluminarse con claridades vagamente inflamadas el monstruoso abismo de donde surgen colosales humaredas.

Guernesey, 1855, día de Difuntos.

FIN 1







